



LOLES LÓPEZ

¡NI UN
FLECHAZO
MÁS!

Loles López
Ni un flechazo más

Esencia/Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Loles López, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019, 2020

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.co

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: abril de 2020

Depósito legal: B. 3.626-2020

ISBN: 978-84-08-22607-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

1

—No te muevas —lo reprendió con cariño.

—Si no lo hago; es este barco, que parece que está deseando que salga con el rostro pintado como un payaso y no como la diva que soy.

—¿Estás nervioso? —preguntó observando cómo sus manos no paraban quietas, atusándose la peluca pelirroja que llevaba puesta y alisando una minúscula arruga de su esplendoroso vestido de raso en color dorado.

—Mucho.

—Lo vas a hacer fenomenal, Daryl —dijo mientras lo miraba con satisfacción al ver cómo le quedaba el maquillaje de fantasía que le había aplicado con tanto detenimiento, enmarcando su mirada gris con sombra dorada y purpurina, realizándole los pómulos con colorete e incluso creándole un lunar en la comisura del labio para darle un toque más sensual, al más puro estilo de Marilyn Monroe. Los labios los había agrandado gracias a un perfilador de un tono un poco más claro que el pintalabios, creando una ilusión óptica de

tenerlos mullidos, grandes y carnosos, gracias al lápiz labial de color rojo, el cual había costado una pequeña fortuna.

—Eso espero —suspiró Daryl, contemplando el resultado en el espejo y sonriendo al devolverle la sonrisa su *alter ego*—. Ya estoy lista. —Se refirió a sí mismo en femenino, algo que siempre hacía cuando se caracterizaba de Madame Lover Boom.

—Sí, y espectacular como siempre. ¡Deslúmbrales a todos!

—Eso haré —afirmó poniéndose de pie y haciendo que ella tuviese que levantar la cabeza, ya que su amigo de por sí ya era alto, pero con las plataformas que portaba cuando se transformaba alcanzaba los dos metros de altura con facilidad.

—Estaré fuera —anunció al imaginarse que no tardarían mucho en llamar a su amigo para que saliese al escenario; así ella podría buscar el mejor emplazamiento para poder ver el espectáculo.

—Gracias por acompañarme hoy, Eva —añadió Daryl con un tono melancólico en su voz, provocando que esta sonriese abiertamente.

—¿Y perderme una fiesta en un barco? ¡Ni loca! —soltó haciendo reír a su amigo.

—Intenta divertirte fuera y, ¡quién sabe!, a lo mejor encuentras al amor de tu vida —comentó mientras le guiñaba un ojo, haciendo que las pestañas postizas rozasen sus mofletes.

—Con la suerte que tengo, soy capaz de encontrármelo de frente, tropezarme y caer en brazos de otro hombre... —bufó ella negando con la cabeza; su vida era así, un traspíe tras otro después de un gran desengaño amoroso que arrastraba desde hacía demasiado tiempo.

—Pues abre los ojos, Eva —indicó haciendo que esta sonriese mientras asentía y abría los ojos desmesuradamente. Cuando cerró la puerta del camerino, todavía podía oír las carcajadas de Daryl.

Nada más salir a cubierta, observó el cielo estrellado de aquella noche de primeros de septiembre agradeciendo la suave brisa que hacía bailar su sobrio —pero perfecto para todas las ocasiones— vestido negro con un poco de vuelo, mientras advertía en el horizonte unas nubes que ansió que no fueran a más, pues en aquella época del año el tiempo cambiaba drásticamente, pues podía hacer sol y, al poco, diluviar; bien lo sabía ella, que llevaba viviendo en Chicago cinco años. La gente se arremolinaba alrededor del escenario, al que saldría en breve su amigo; el ambiente, festivo y distendido, los caros vestidos y los ostentosos relojes de los hombres llamaban la atención, dejando claro el alto poder adquisitivo de todos los invitados a aquel navío. ¡Con lo que le costaba a ella llegar a fin de mes! Y eso que tenía dos trabajos... Se acercó a la barra, con la intención de levantar su ánimo al verse fuera de lugar en un sitio como ese, pues no quería que su amigo la viese deprimida por no haber conseguido todavía su objetivo al llegar a esa ciudad; la ciudad del viento, como era conocida, como también era famoso su horizonte, un *skyline* repleto de rascacielos...

—Un *gin-tonic* —pidió Eva al camarero.

—Enseguida —le contestó este mientras comenzaba a coger la copa para prepararlo.

Muy cerca de ella se posicionó un hombre que tendría un poco menos de treinta y cinco, le calculó. Eva lo evaluó en un simple vistazo: guapo, fornido —seguramente un adicto al gimnasio, por los músculos que se le

marcaban debajo de esa camisa blanca entallada—, ojos cristalinos y chispeantes, dientes blanquísimos y sonrisa afable. Se notaba que era consciente de poseer pinta de serio y bueno, un querubín, por aquellos rizos dorados que lo hacían todavía más adorable y que resultaban un imán para cualquier mujer que tuviera un par de ojos en la cara. Su pose y sus movimientos confiados reflejaban esa seguridad que a Eva le hizo gracia, ya que contrarrestaban con la imagen tímida que desprendía este de manera innata. Acababa de colocarse cerca de una despampanante rubia que tenía al lado.

—Debería ser un delito ser tan guapa —le oyó decir, y Eva tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para no carcajearse de aquella manera de ligar.

—Aunque lo fuera, tú no lo disfrutarías —sentenció la chica, apartándose de la barra y dejándolo solo.

«¡Olé por ti, rubia!», pensó Eva mirando por el rabillo del ojo cómo este intentaba disimular la negativa recibida, ya que se notaba que no era algo que le ocurriera a menudo.

—Muchas gracias —dijo Eva al camarero cuando le dio la copa solicitada, para después girarse (sin tener que pagar nada, ya que disponía de barra libre en aquella fiesta) y situarse cerca del escenario.

El alcohol ayudaba a conformar un ambiente distendido y, acompañada por su copa, se topó de nuevo con aquel hombre que parecía no perder la esperanza de ligar con una de esas espectaculares mujeres; esa vez la elegida fue una pelirroja —que parecía recién salida de un catálogo de lencería cara, por lo exuberante y perfecta que era—, que otra vez se encontraba cerca de donde ella se hallaba, algo que le facilitó poder ser tes-

tigo de las artes de seducción del tipo y, sin mucha cosa más que hacer, prestó atención a su conversación.

—¡Creo que ha caído un ángel del cielo y lo tengo delante! —exclamó con tono seductor.

La pelirroja lo miró una milésima de segundo para después, sin decirle nada y con una actitud bastante engreída, alejarse de donde estaba él con aires de superestrella mientras contoneaba su escultural cuerpo. Eva no pudo contener la carcajada que le brotó de golpe al ver el efecto que ocasionaba con esas frases de manual del siglo pasado. ¡Parecía el antiligón!

—¿Qué? —le espetó este de malas maneras, al percatarse de que se reía de él.

—Nada... angelito —contestó Eva sin poder parar de troncharse; cuando empezaba, no podía parar, aunque quisiera.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó visiblemente molesto.

—No... Me estoy riendo contigo —replicó como pudo, ya que no podía controlar las carcajadas—. ¿De verdad te funcionan esas frases?

Él la miró detenidamente, repasando sus facciones latinas, sus ojos oscuros, su melena negra azabache y su risa descarada y sincera. Era llamativa; no como esas mujeres que paseaban por cubierta, que parecían sacadas de una revista de modelos, pero poseía algo que la hacía agradable a la vista.

—No tienes pinta de ser una solterona rencorosa —objetó sin dejar de escudriñarla, como si quisiera encontrarle algún fallo.

—Pues tú sí que tienes pinta de moscón, pero de uno anticuado —soltó Eva limpiándose las lágrimas causadas por el ataque de risa.

—¿Te crees graciosa?

—Hombre, chispa sí que tengo. Pero, chist..., quiero ver el espectáculo —pidió señalando el escenario, que acababa de iluminarse, atrayendo así la atención del público.

—¿De verdad te funciona? —inquirió el hombre acercándose a ella, ya que esta había dado un paso hacia delante para no perderse detalle de la actuación de Daryl.

—¿El qué? —preguntó en un acto reflejo, ya que se estaba arrepintiendo de no haber mantenido la boquita cerrada y permitir que ese tipo se fuera a por otra conquista, dejándola a ella tranquila. Pero no... ¡Le había entrado la risa y no había podido aguantarla!

—Comportarte así con los hombres... ¿Te funciona para ligar?

—No estoy intentando ligar contigo —informó posando su mirada oscura en él—. Es más, si lo estuviera haciendo, no tendrías dudas al respecto. No soy de las que dan falsas señales, te lo puedo asegurar. Lo que pretendo ahora mismo, en este precioso barco, es ver el espectáculo y no llamar precisamente tu atención —señaló mientras veía cómo salía su amigo, perfectamente caracterizado de su *alter ego*, y sonreía complacida al ver el aplomo que tenía este cuando se subía a unas tablas. ¡Había nacido para eso!

Contrariado y un poco molesto por aquella manera de ser de esa mujer, este se dio la vuelta y se acercó a sus tres amigos, que lo esperaban a pocos pasos.

—¿Qué te ocurre, Brian? —preguntó Jack al ver el rostro confuso de este.

—Cada vez entiendo menos a las tías —sentenció mientras señalaba con la cabeza a Eva, que estaba ab-

sorta en los movimientos estudiados de Daryl encima del escenario y sonreía orgullosa.

—Pues la morena está como para dejarse entender —añadió Clive sin dejar de mirarla mientras se arreglaba los puños de su camisa, sacándolos por debajo de su americana. Sabía que tenía un rostro que llamaba la atención de las mujeres, y además lo combinaba con una manera de ser chulesca, de tipo duro, que le resultaba infalible. Era, de los cuatro amigos, el más bajito, aunque rondara el metro ochenta y cinco. Su cuerpo atlético y fibroso, y sus ojos verdes, hacían el resto. No podía quejarse, siempre conseguía lo que quería.

—Te recomiendo que ni te acerques a ella —comentó Brian negando con la cabeza; lo había dejado descolocado y eso era algo que jamás le ocurría. Prácticamente no se tenía que esforzar cuando quería seducir, pues se presentaba a cualquier mujer y esta caía rendida a sus pies. Supuso que la influencia de estar sobre el lago, navegando, le estaba jugando una mala pasada y por eso no estaba obteniendo los resultados esperados.

—Ahora me han entrado más ganas de ligármela —indicó Clive, haciendo reír a Jack mientras negaba con la cabeza y, de paso, observaba el rostro serio de su otro amigo, el cual no había pronunciado ni una sola palabra, pendiente del espectáculo que se realizaba en el escenario.

—¿Cómo estás? —preguntó Jack a este último.

—No me lo puedo creer aún... —bufó Owen, perplejo, sin ni siquiera parpadear—. Te prometo que pensaba que me estabas gastando una broma, que era una excusa para hacerme subir al barco, pero no... —susurró con incredulidad, sin dejar de mirar hacia

el escenario—. Es verdad, y no sé qué decir ni qué pensar...

—Bueno, yo me voy a por la morena. ¡Deseadme suerte! —exclamó Clive sin pensárselo mucho para luego acercarse a la susodicha, obviando el momento por el que estaba pasando Owen y centrándose en su propio disfrute.

—Le doy un par de minutos —añadió Brian negando con la cabeza, presintiendo que esta no le daría cancha a su amigo, igual como había hecho con él.

Jack lo miró y negó con la cabeza; en la mente de esos dos solo había espacio para el sexo, los negocios y poco más.

—¿Qué vas a hacer? —le planteó Jack a Owen, obviando a sus otros dos amigos, que estaban empeñados en ligarse a cualquiera de las mujeres que paseaban su palmito por cubierta.

—Nada... ¿Qué quieres que haga? —repreguntó, alzando los hombros con resignación—. No llevo en esta ciudad ni una hora y me entero de esto así... —murmuró apesadumbrado.

—Sabía que, si no lo veías con tus propios ojos, no te lo creerías, como me pasó a mí cuando me enteré..., por eso he ido a por ti al aeropuerto y te he hecho venir hasta aquí —aclaró Jack—. Llevas desaparecido un año, pendiente solo de pescar y mirar cómo saltan los canguros en la apacible y sosegada Kiarma... Todavía no entiendo cómo te fuiste allí. Ya que decidiste escapar a Australia, deberías haber elegido Sídney o Melbourne y no ese pueblecito costero... —añadió, negando con la cabeza y sin comprender las razones que lo llevaron a realizar tal disparate—. Es normal que en ese tiempo de desconexión las cosas hayan cambiado...

—Elegí precisamente ese pueblo porque no tenía nada en común con esto —afirmó señalando el famoso horizonte de Chicago—. Quería cambiar de aires radicalmente, y no me he dedicado solo a pescar y a ver cómo saltan los canguros... —replicó sonriendo vagamente.

Había sido un año muy complicado para resumirlo en unos minutos; además, sabía que Jack no entendería los motivos que lo habían llevado a desaparecer momentáneamente del foco de atención, o tal vez sí, pero él era incapaz de verbalizarlo... y a veces incluso de planteárselo, como si, al no hacerlo, creyera que no era real... Habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo y en ese momento, a todo ello, se le sumaba ese hecho que todavía le costaba asimilar, que le costaba incluso mirar, pero no había duda de que era él...

—Si querías cambiar de aires, no hacía falta irse tan lejos. Por aquí también hay pueblecitos tranquilos y costeros... —señaló Jack.

—No quería tener la tentación de volver, por eso me marché a tantos miles de kilómetros; además, tampoco hubiese sido la mejor compañía, todo lo ocurrido me ha hecho cambiar... —bufó, volviendo a centrar la atención en el escenario, todavía incrédulo por lo que presenciaba.

—Bah, no me digas que te has convertido en un muermo. ¡Owen, tú eres el alma de todas las fiestas!

—No soy el mismo, tío —replicó este, haciendo una mueca de disgusto—. O, mejor dicho, las circunstancias me han hecho madurar...

—¡No digas tonterías! La fruta es la única que madura, nosotros nos volvemos más interesantes con los años para las jovencitas —comentó señalando a las

mujeres que había en cubierta. Ambos, cada uno en su estilo, sabían que tenían atractivo suficiente como para tener a la que les viniese en gana. Jack era moreno, con los ojos negros y un cuerpo duramente trabajado en el gimnasio; por su parte, Owen era castaño, con los ojos de una tonalidad entre azul y gris que hechizaba a cualquier fémína con solo posar su seductora mirada en ella; además, su cuerpo atlético y su manera de ser seducía sin pretenderlo.

—Ver para creer... —intervino Owen, asombrado, observando de nuevo a su amigo—. Clive me contó que el divorcio había hecho mella en ti, pero no me lo creía.

—Ni me la nombres —pidió Jack con desgana—. Si es que soy gilipollas. No podía conformarme con lo que tenéis vosotros, un rollete cada noche, no... ¡Tenía que buscar una mujer con la que casarme y tener hijos, y al final fui a parar con la peor!

—Son cosas que pasan, Jack..., pero fuiste feliz.

—Esa felicidad duró solo tres años, Owen; el cuarto fue un infierno, hasta que me presentó los papeles del divorcio.

—Bueno, pero fueron tres años de la hostia.

—Sí, eso sí —rezongó Jack con desgana.

—¡Lo sabía! —exclamó de repente Brian, haciendo que los dos amigos reparasen en él—. La morena es un hueso duro de roer —sentenció observando cómo Clive volvía al grupo solo y con cara de pocos amigos.

—A ver, ¿quién es el puto amo? —soltó cuando estuvo cerca de ellos, mostrando de golpe una sonrisa resplandeciente.

—No puede ser... —bufó Brian, consternado de que este hubiese conseguido algo de esa chica.

—Se llama Anastasia, es cubana y en cuanto acabe el espectáculo nos iremos solos... Ya me entendéis —informó Clive con orgullo al haber conseguido ligarse a una mujer que parecía dura, aunque en el fondo no lo había sido tanto.

—No tenía acento cubano... —murmuró Brian mirándola fijamente.

En ese momento Eva comenzó a aplaudir efusivamente mientras saludaba al *drag queen* que hacía reverencias exageradas, recibiendo la aclamación del público.

—¿Vas a ir a hablar con él? —le preguntó Jack a Owen.

—Claro, es mi hermano, aunque vaya disfrazado de reina de la noche —masculló él sin dejar de mirar y, por ello, descubrir cómo este se percataba de su presencia y se le cambiaba el gesto por uno de sorpresa y pánico, para después recomponerse y proseguir el espectáculo. El *show* debía continuar, pasara lo que pasase.